

Tras un error que benigno  
Me aduló, sombra engañosa,  
Que un rayo de luz deshizo.  
Sensible, indulgente y bueno,  
Juzgándolo por mí mismo  
Lo creyera, y con los tristes  
Oficioso y compasivo;  
Y no hallé en él sino engaño,  
Dureza, odioso egoísmo,  
En el labio las virtudes,  
Y en el corazón los vicios;  
Llorando, pérdida hiena,  
Para devorar impío  
Al infeliz que á acorrerle  
Credulo á sus lloros vino.  
¡Cuánto he trabajado, cuánto,  
Por salvarle, y ha gemido  
Mi razon, siempre ocupada  
En dorar sus extravíos!  
¡Extravíos! á un ahora  
Usarme solícito,  
Y á la luz cierro los ojos,  
Y á la verdad el oído.  
¡Oh verdad, verdad! ¡qué amarga  
Me afliges! mi ardiente ahinco  
Del bien dejame piadosa,  
Gozaré cuanto imagino;  
Déjame idólatra ciego  
De este bien, que en sus caminos  
Honre al mortal, y lo vea  
Cual su Autor formarlo quiso.  
Quien quiera mi engaño ría,  
Mientras yo, en él embobado,  
La virtud adoro, y corro  
Tras su celestial hechizo.  
Mi ilusión es un consuelo,  
El desengaño un martirio;  
Más quiero soñar virtudes  
Que ver y horar delitos.  
Ni busco ni huyo los hombres,  
Pero mi trato es conmigo;  
Que un Dios y sus pensamientos  
Bastan á un arrepentido.  
Con ellos solo en los campos  
Soy hombre y libre respiro;  
Y alzándome á un cielo inmenso,  
De otras grandezas me río.  
Tranquilo y en paz con todo,  
Ni ajenas glorias envidio,  
Ni celos doy con mi suerte,  
Ni de ofensa á nadie sirvo.  
Trabajo en hacerme bueno,  
Busco en ánimo sencillo  
La verdad, y para hallarla  
Naturaleza es mi libro.  
Ella es la regla segura  
Que en mi humilde vida sigo;  
Y á su voz dócil, mis votos  
Y necesidades mido.  
Sus galas me dan los valles,  
El bosque encantado sitios,  
Las aves canoro aplauso,  
Mi estrecha casilla abrigo.  
Así del ocio y los años  
Burlando el cansado hastío,  
Ovidado y muerto en éste,  
Un mundo mejor habito.

## DOÑA ELVIRA.

## ROMANCE PRIMERO.

No sé qué grave desdicha  
Me pronostican los cielos,  
Que desplomados parecen  
De sus quiciales eternos.  
Ensangrentada la luna  
No alumbrá, amedrenta al suelo,  
Si las tinieblas no ahogan

Sus desmayados reflejos,  
En guerra horrible combaten  
Embravecidos los vientos,  
Llenando su agudo silbo  
De pavor mi helado seno.  
Atruená el hojoso bosque,  
Y parece que allá léjos,  
Llevados sobre las nubes,  
Gimen mil hígubres genios.  
Hados, ¡qué queréis decirme!  
¡O qué amenaza este estruendo,  
Este confuso desórden  
Que en naturaleza veo!—  
Así hablaba doña Elvira,  
Encerrada en su aposento,  
Cuando la callada noche  
El mundo sepulta en sueño.  
Ella vela; sus cuidados  
No permiten que un momento  
Halle el ansiado reposo,  
Cierre sus ojos Morfeo.  
Doña Elvira, que viuda  
Del comendador don Tello,  
Señor de Herrera y las Navas,  
Castellano de Toledo,  
Bajo un sencillo tocado  
Cubierto el rubio cabello,  
Sin sus oros la garganta,  
Y el monjil y saya negros,  
En soledad y retiro,  
Sumida en dolor inmenso,  
Diez años há que le llora  
Como le lloró el primero.  
En vano el Abril florido,  
Lanzando al áspero invierno,  
Rie á la tierra y la alfombra  
De galas y verdor nuevos;  
En vano el plácido Octubre,  
Renovando los misterios  
De Baco, tras Sirio ardiente  
Se ostenta de frutas lleno;  
Ella, insensible á sus dones,  
Llora siempre en el silencio  
De la noche y cuando al mundo  
Alegra lumbroso Febo.  
Era don Tello esforzado,  
Tuvo el renombre de bueno,  
Murió en la toma de Alhama,  
De heridas y honor cubierto.  
Un hijo solo fué el fruto  
De su amor fino y honesto,  
Como su padre valiente,  
Como doña Elvira bello;  
Que también contra los moros,  
Cual mil famosos guerreros,  
Doncel de Isabel, la sirve  
En el granadino cerco;  
Mientras la penada madre,  
Entre zozobras y miedos,  
Cuanto por su padre un día,  
Hoy tiembla por el mancebo,  
Si bien gallardo y membrudo,  
Cual jóven, á un poco diestro,  
En repararse asaltado,  
Ni en herir acometiendo.  
¡Si será, clamaba Elvira,  
Que en su juvenil denuedo,  
El hijo de mis entrañas  
Hoy me las parta de nuevo?  
¡Yo le miro enardecido  
Picar el bridon soberbio,  
Y el primero en la batalla  
Correr al mayor empeño;  
¡Entrarse, la lanza en ristre,  
De los bárbaros en medio,  
Por ganar una bandera  
O algún noble prisionero.  
¡Que presentar en la corte  
De la Reina, como hacerlo  
Mi inclito esposo solía....  
¡Oh dolorosos recuerdos!  
¡Madre desolada y triste!

¡Hijo infeliz! ¡cuánto tiemblo  
Por tí de Muza los botes,  
De Alhiatar el crudo acero!  
¡Cuánto que ciego, olvidado  
De mi amor y mis consejos,  
Con un desastre consumes  
Mi viudez y desconsuelo!  
¡Ah, si de tu ilustre padre,  
Como tienes el esfuerzo,  
La prudencia te adornára,  
Mis cuidados fueran ménos!....  
¡Guardad, bárbaros; no alevos,  
Si estáis de sangre sedientos,  
Probeis vuestros fuertes brazos  
Contra ese pimpollo tierno.  
¡Tantos le asaltáis, cobardes,  
Y seguros de vencerlo,  
Correís cual hambrientos lobos  
A un inocente cordero!  
¡Cual buenos, solos buscadle,  
Y el brazo y heroico aliento  
Veréis en él, del que tanto  
Temblabais, grande don Tello;  
¡O mejor con el Maestro  
O con el Córdoba fiero  
Medios, que á todos llama,  
Su horrible lanza blandiendo.  
¡Perdonad mi hijo querido:  
¡Así hallen siempre los vuestros  
Ventura y prez en las lides,  
Honras y amor con el pueblo!  
¡Hijo amado! ¡qué de angustias  
Me cuestras!....» En su desvelo,  
De repente de la almohada  
Alzándose sin sosiego,  
Corre al balcon, y escuchando  
Exclama: «¡Si el escudero  
Vendrá, que partió á informarse  
De su salud y sus riesgos!  
¡Tráeme fiel las faustas nuevas  
Que madre tierna deseo,  
Y tendrás un premio digno  
De tu lealtad y tu celo....  
¡Pero ¡qué estrépito se oye!  
No hay dudarlo.... pasos sientos;  
La marcha de algún jinete  
Repite sonoro el eco.  
¡Cuán silencioso camina!  
Percibir apenas puedo  
El batir del duro casco  
Sobre el pedregoso suelo.  
¡Si será que así á deshoras  
Venga alguno de mis deudos  
A anunciarme las desdichas  
Que continuo estoy temiendo!  
¡Madre infeliz! ¡venturosa  
La que jamás logró serlo!  
No cual yo, que al cielo airado  
Ablandé con votos necios.  
¡Ella no verá sus hijos  
Atravesados los pechos  
De mora lanza, y segados  
En su flor cual débil heno.  
¡No en las andas funerales  
Extendidos, ni cubierto  
De negros paños, y en torno  
Los militares trofeos,  
¡Verá su féretro alzarse,  
Y en un silencioso duelo  
A cien caballeros nobles,  
De sus armas compañeros.  
¡No Horará como lloro,  
Ni tendrá en un hilo puesto  
Su vivir, temblando siempre  
¡Cuitada! un desastre nuevo,  
¡Cavilaciones tardías!....  
¡Por qué, por qué su ardor ciego  
No contrasté cuando pude?  
¡Por qué me doblé á sus ruegos?  
¡Por qué le dejé á las lides  
Partir tan niño? ¡Mi seno  
Desnudo, mis tristes Horos

No pudieran detenerlo?

¡Sobre el umbral de rodillas  
Una madre.... Léjos, léjos  
Mengna tal, oprobio tanto  
De una Guzman y Pacheco;  
¡Léjos de la sangre clara  
Que al Moro el puñal sangriento  
Tiró contra el hijo amado  
De Tarifa en el asedio.  
¡Cuál se hablaría en la corte  
De Isabel! y ¡qué denuestos  
Los ricoshombres no harían  
Al hijo y la madre á un tiempo!  
¡Honor, honor castellano!  
¡Inclito esposo, modelo  
De valor y altas virtudes  
A cristianos caballeros!  
¡Ve desde el cielo á tu hijo,  
Que tras tu glorioso ejemplo,  
Madre infeliz, viuda triste,  
Victima á la patria ofrezco.  
¡Tiéndele los nobles brazos,  
Seguro que por sus hechos  
No mancillará las glorias  
De sus heroicos abuelos;  
¡Tiéndelos, amado esposo,  
Únelo á tí en nudo estrecho,  
Parte con él tus laureles,  
Y goza lo que yo pierdo.  
De improviso ave nocturna,  
Lanzando un grito funesto,  
Se oyó, y batiendo las alas,  
Voló con mortal agüero;  
Y una agigantada sombra,  
Cual un pavoroso espectro,  
Cruzó delante sus ojos,  
De horror y lágrimas llenos.  
Elvira, la triste Elvira,  
Aterrada y sin aliento,  
Cayó sobre su almohada,  
Gritando: «¡Yo desfallezco.»

## ROMANCE II.

Yace la infeliz Elvira  
Tan atónita en su estrado,  
Que ni aun aliento le queda  
Para llamar por amparo;  
Despavoridos los ojos  
En el balcon, y temblando  
Que el ave el grito repita,  
De sus desdichas presagio.  
Procura alzarse, y no puede;  
Tienta gritar, y es en vano;  
Que la congoja y el miedo  
Le ligan fuerzas y labio.  
Así la encontró la aurora,  
Anegada en lloro amargo,  
Cuando ella flores y perlas  
Derrama de su regazo.  
Zaida, su esclava querida,  
En angustia y duelo tanto,  
Fué, de todas sus doncellas,  
La sola que halló á su lado;  
Zaida, que aún niña en la corte  
Que baña el Genil y el Darro,  
Con su virginal belleza  
Hizo á mil libres esclavos;  
La que en su donaire y gracias  
De la Alhambra en los saraos  
Despertó tantas envidias  
Como dió vueltas danzando;  
Abencerraje y Vanégas,  
Nombres cuyo lustre raro  
Al sol empañá, y columnas  
Son del pueblo y del Estado.  
Cautiva la hizo don Tello,  
Y Elvira, en felice cambio,  
Por endulzar su desgracia,  
Le dió de amiga la mano.  
Esta, que al alba antecede,

Para sentir sus agravios,  
Que nada en cautivos nobles  
Es podroso á olvidarlos;  
Si ya en secreto no llora,  
El tierno pecho llagado  
De abrasado amor, al mismo  
Que la madre está llorando.  
Desvelada la echó ménos,  
Y solicita en su hallazgo,  
Topóla en su estancia triste,  
Vuelta apenas del desmayo.  
¡Qué teneis, señora mía!  
¡Por qué en lágrimas bañados,  
No me miran vuestros ojos  
Cuando cariñosa os hablo!  
¡Qué teneis! clamaba Zaida;  
¡Qué suspiros tan ahincados  
Son éstos, y esos gemidos  
Con que parecéis ahogaros?  
¡Por qué conmovido el pecho  
Os bate así! ¡por qué helado  
Lo siento, y vos tan parada,  
Que me semejais de mármol!  
¡Alzad, señora, del suelo,  
Y en mi seno reclinaos;  
Que ni él será, ni mi vida,  
De vuestro amor digno pago.  
¡Dejad las ansias y duelos  
A esta infeliz, que sus hados  
A eterno dolor condenan  
En su verdor más lozano.  
¡Pero vos, dulce señora,  
Entre honores y regalos,  
¡Por qué ese horror en el rostro,  
Y esa zozobra y espanto!  
Elvira, á la voz de Zaida,  
Abrió, como despertando,  
Sus ojos, que otra vez miran  
Hacia el balcon azorados;  
Y viendo que Zaida llora,  
Toana al dolorido llanto;  
Y «¡Ay madre desventurada!  
Clamaba de cuando en cuando.  
¡Ave enemiga y funesta!  
¡Sombra fatal!... ¡Cielo santo,  
Herid, herid á la madre,  
Y perdonad mi hijo amado!  
Sus doncellas y sus dueñas  
Alborótanse entre tanto,  
Y despavoridas corren,  
Por su señora clamando.  
¡Llegan, y al verla cuál yace  
Como el hiro de los prados,  
Que ajó el áspero granizo,  
Roto su frondoso tallo,  
Atónitas la contemplan,  
Y sin osar demandarlo,  
No temen ya, cierto miran  
Algun lamentable caso.  
Todas suspiran cual ella;  
Venla llorar, y anegado  
Su rostro en lágrimas tristes,  
Conmueven todo el palacio.  
Así estaba entre zozobras  
Aquel afligido bando  
De palomas inocentes  
En ansias y sobresaltos,  
Cuando á más amedrentarlas  
Un ruido de caballos  
Se oyó, y en la sala vieron  
Al escudero y don Sancho.  
Don Sancho, padre de Elvira,  
El más respetable anciano  
De cuantos de Calatrava  
Visten el glorioso manto;  
Teror un tiempo del moro,  
Lleno de méritos y años,  
Y en su encomienda y retiro  
Hoy de miseros amparo.  
Llegó el noble caballero  
Silencioso y mesurado,  
Del escudero asistido

En sus vacilantes pasos;  
Grave y plácido el semblante,  
Serenidad afectando,  
Pero en el suelo los ojos  
Y de lágrimas preñados.  
Elvira al ver á su padre,  
«¡Mi gozo, exclamó, el encanto  
De mi vida finó! ¡ay triste!  
De Santa Fe en el rebato...»  
Quiso proseguir, y un nudo  
El dolor echó á su labio,  
Y en los brazos de su Zaida  
Volvió á tomarla el desmayo.  
El noble anciano en su apoyo  
Tendió los trémulos brazos;  
Con sus ruegos la conforta,  
Regálala sus cuidados;  
Y Zaida cuasi sin vida,  
Trémula toda, y ahogado  
El pecho en ansias mortales,  
La está infeliz sustentando,  
Mientras las fieles doncellas,  
En duelo y horror tamaño,  
A los piés de su señora  
Se precipitan gritando:  
«¡Ay desventurada Elvira!  
¡Ay malogrado Fernando!  
«¡Ay! ¡ay, Fernando!», retumban  
Los artesones dorados.  
Volvió en fin Elvira triste  
De su profundo letargo;  
Y «¡Ay padre, otra vez exclama,  
Ya acabó mi hijo adorado!  
¡Su sombra, su infausta sombra,  
Y de un ave el grito aciago  
Nuncios á esta infeliz fueron  
De tan pavoroso estrago!—  
¡Qué es esto, Elvira querida!  
¡Qué es esto, señora! ¡cuándo  
Ni la constancia en tu pecho,  
Ni la religion faltaron?  
¡Cuándo, cuándo esperé verte,  
Cual hoy sin mesura te hallo,  
Sin escuchar mis avisos,  
Ni hacer de mis ruegos caso?  
¡Niña perdiste á don Tello,  
Y fué inmenso tu quebranto;  
Pero jamas, hija mía,  
Te abatieras á este grado.  
¡Si, murió...» A esta voz terrible,  
A Zaida se le nublaron  
Los ojos, y un grito agudo  
Su amor lanzó involuntario.  
«¡Si, murió (don Sancho sigue  
Con tono grave y posado);  
En el cielo está, señora,  
Su buen padre acompañando;  
¡Mártir ilustre y dichoso,  
De glorias brilla colmado;  
¡Diérame esta suerte el cielo  
Por premio de mis trabajos!  
¡Pagó esforzado á la patria  
La deuda que un pecho hidalgo  
Desde que nace le debe,  
Que sus mayores pagaron.  
¡Sintió de su heroica sangre  
El noble ardor, y emulando  
De sus inclitos abuelos  
Los fechos más señalados,  
¡En su juventud florida  
Sus sienas ciñó del lauro  
Que tantos años y lides  
Costaron á Tello y Sancho.  
¡Su noble tío el Maestro,  
De haberle por dendo ufano,  
La roja cruz y la espada  
Le colocó de Santiago.  
¡Isabel su fin glorioso  
Honró con su régio llanto,  
Si ántes sus altas proezas  
Celebraba con aplauso.  
¡Y tú lloras sin consuelo!

¡Tú lloras porque bizarro  
Siguió á tu Tello, que siempre  
Le ofrecimos por dechado!  
»No fué así doña María,  
Émula y mujer del bravo  
Guzman el Bueno, y hoy honra  
De nuestro linaje claro.  
»Si cobarde y vil se hubiese  
De la batalla fugado,  
Entonces sí, hija querida,  
Que debiéramos llorarle.  
»Entonces sí que el encuentro  
De los buenos esquivando,  
Andar debiéramos siempre  
El rostro en tierra inclinado.  
»Hoy no, que en las lenguas suena  
De todos; que fiel retrato  
De sus mayores, cual ellos,  
Del honor murió en el campo.  
»Oye á su fiel escudero,  
Y verás cómo envidiado,  
No plañido, serenos debe  
De su sol el noble ocaso.  
»Hija adorada y llorosa!  
Ya basta del libre vado  
Que á tu sentimiento dieras,  
Y es del honor moderarlo.  
»Cesen, pues, los ayes tristes  
Y ese tu gemir insano,  
Ni más me adijas, de un padre  
Las súplicas desdenando.»  
Elvira, á este dulce nombre,  
Dió á su ahogo un breve plazo;  
Y apoyándose en su Zaida,  
Fué humilde á besar su mano.  
Solicito alzóla el viejo  
Con un amoroso abrazo;  
Todos en silencio triste  
Al escudero escuchando (1).

## ALARMA ESPAÑOLA.

ROMANCE QUE EL DOCTOR DON JUAN  
MELENDEZ VALDES DIRIGE Á UN  
AMIGO SUYO.

Al arma, al arma, españoles,  
Que nuestro buen rey Fernando,  
Victima de una perfidia,  
En Francia suspira esclavo.  
En su bondad inocente,  
Como verdad los halagos  
Creyó de un alevé amigo,  
Y corrió inerme á sus brazos.  
¡Oh, si los ardientes ruegos  
De tantos fieles vasallos  
Oyerá ni él gemiera,  
Ni yo os llamara á vengarle.  
Pero era joven y bueno,  
Y en su corazón honrado  
Desechó cual imposibles  
Sospechas de un doble trato.  
Era rey, nieto de reyes;  
Como tal, por sacrosanto  
Tuvo el seguro ofrecido  
Por otro rey su aliado.  
Este seguro, españoles,  
Que aun entre el café inhumano  
Fué firme, inviolable siempre,  
Sólo á un buen rey ha faltado.  
El oficioso conyite  
Fué, para prenderle, un lazo;  
Y echóle la vil cadena  
Con el beso y los abrazos.  
Cadena que arrastra el triste  
Sólo porque le adoramos,  
Y de su cuello inocente  
Al nuestro está amenazando.

(1) El autor había continuado este romance en otro romance, que se extravió después de su fallecimiento.

»Y en paz sufrirlo podemos?  
Y el acero toledano  
No esgrimimos? ¡Nuestros nombres  
Mancillará oprobrio tanto!  
»¿Dónde están los nobles hijos  
Que á Valencia han libertado?  
»Estos, Jaime, son tus nietos?  
»Son éstos tus valencianos?  
Al arma, al arma, españoles;  
La patria os llama; corramos  
Al arma á vengarla fieles,  
O como buenos muramos.  
No á crédulas esperanzas  
El pecho abrais; en tardando  
Todo es perdido, y los grillos...  
¡Oh baldón! ¡pude nombrarlos!  
Grillos y duras esposas  
Nos aguardan; nuestras manos  
Las llevarán, y mendigos  
Viviremos é infamados.  
Ved, si no, la triste Italia,  
Y allá en Roma, al Pastor santo,  
Hecho el indigno juguete  
Del mismo que tanto ha honrado.  
Ved al holandés sufrido,  
La Prusia, el rudo polaco,  
El noble alemán; de sangre  
La Europa entera hecha un lago.  
Creyó sus dobles promesas  
Ciego el portugués, y á saco  
Dadas sus ricas ciudades,  
Maldiciendo está su engaño.  
Por la ambición de uno solo  
El mundo gime; los campos,  
Los talleres, la oficioso  
Industria, todo asolado,  
Seremos lo que son ellos,  
Viles, míseros esclavos,  
Y nuestras hijas y esposas  
Servirán á su regalo.  
Nuestros venerables usos,  
Nuestras leyes, el sagrado  
Culto y fe de nuestros padres  
Veránse por tierra hollados.  
Estas leyes y este culto,  
De que tanto nos preciamos,  
En que dichosos nacemos,  
Que con la leche mamamos,  
Acabarán como un día  
Allá en los tiempos infanastos  
De Witiza y de Rodrigo  
Miseramente acabaron.  
Y lo sufrirán los nietos  
De los que ochocientos años  
Combatiendo contra el moro,  
Al Africa al fin lo echaron?  
»Los que heroica frente hicieron  
Al invencible romano,  
Y con Sagunto y Numancia  
Indomables se abararon?  
No, tanta mengua no cabe  
En pecho español; volvamos  
La vista á nuestros abuelos,  
Y cuidemos de imitarlos.  
Un ejército no es nada  
Contra un pueblo que, ligado  
En nudo fiel, sus hogares  
Defiende, á todo arrestado.  
Diez millones de españoles  
No son, no queriendo, esclavos;  
Sientan los bravos de Jena  
La fuerza de vuestros brazos.  
Sientan que aun arde en los pechos  
Aquel glorioso entusiasmo  
Que un traidor entibiar pudo,  
Pero no pudo apagarlo.  
»Esas lucientes corazas,  
Esos sables, esos cascos  
Que llevan, son de otro temple  
Que fueron los africanos?  
»Los vencisteis porque libres  
Quisisteis morir; hagamos

Hoy lo mismo, y la victoria  
Nos ceñirá con sus lauros.  
La patria os llama y el Rey;  
Corred, corred á librarlo  
De los grillos; arma suenen  
El Ebro, el Turia y el Tajo.  
Todo suene al arma, y todos,  
Del niño al trémulo anciano,  
Soldados, la vida demos  
Como buenos por entrambos.—  
De Madrid así en la plaza  
Cantaba un fiel valenciano,  
Y «Al arma, al arma, decía,  
Por nuestro buen rey Fernando.»

## ALARMA SEGUNDA.

## Á LAS TROPAS ESPAÑOLAS.

»¿Dónde estais, valientes hijos  
De la victoria y la patria?  
»Vuestra religion se entibia?  
»Vuestro corazón desmaya?  
Generales, que á las lides,  
Compañeros de sus armas,  
Llevándolos, de la gloria  
Gozaís ya de sus hazañas,  
»Por qué en la mitad del triunfo  
Bajais la tajante espada,  
El atambor no retumba,  
Y el bronce ardiente descansa?  
Corre audaz nuestro enemigo,  
Libre en su bárbara saña,  
Del Ebro las anchas vegas,  
Sus felices campos tala.  
Nada, ominoso, perdona;  
Hiere, oprime, fuerza, mata,  
Y á fuego y á sangre lleva  
Del palacio á la cabaña.  
Ni al trémulo helado anciano  
Librarle pueden sus canas,  
Ni á la tímida doncella  
Su belleza y sus plegarias.  
De los brazos de la madre  
Despavorida la arranca  
Su brutal furor... ¡Oh cielos!  
¡Salvad su inculpable infamia!  
»Ay, qué feroz la atropella,  
Lucha en vano, en vano clama,  
Y espira en los torpes brazos  
Que tan vilmente la ultrajan!  
Cae moribunda la madre  
Con la infeliz, y de rabia  
Ciego el padre, en la impia turba  
Su afrenta, matando, lava.  
Pero al fin sucumbe y muere,  
Y el bárbaro en furia insana  
Triunfa impune, y hasta el templo  
Corre y nefario lo allana.  
Nuestro Dios ved por el suelo.  
»Con qué sacrilega audacia  
Lo escupe su inmunda boca,  
Lo conculca su vil planta!  
Y en su ansia de vino y oro,  
Robando el cáliz del ara,  
Lo hace copa de sus brindis,  
Y sus torpes triunfos canta.  
Soldados, en estos triunfos  
Mirad nuestra eterna mancha,  
Si dejais indigna mengua!  
Que uno solo vuelva á Francia.  
Que sus cánticos alevés  
Sean el grito de venganza,  
Que os haga correr al presto  
Do patria y honor os llaman.  
Inclitos aragoneses,  
»De qué os sirvió tanta hazaña,  
Tanto sudor y fatiga,  
Tanta sangre derramada?  
»De qué los vellidos pechos  
Oponer á tantas balas,  
Ni á vuestras nobles matronas

Valor tanto en tantas gracias,  
Si los que de luto y sangre  
Y lágrimas vuestras casas  
Llenaron, por deteneros,  
Impunes al fin se escapan?  
Gloriosos hijos del Bétis,  
No con Bailén sólo acaban  
Los vándalos que asolaron  
Vuestras vegas afamadas;  
Aun respiran más bandidos,  
Que mientras el Ebro arrasan,  
Blandiendo su infame acere,  
Con torva vista os amagan.  
Vosotros que al claro Turia  
Bebeis las plácidas aguas,  
Esforzados valencianos,  
Corred del viento en las alas:  
Corred orillas del Ebro  
A repetir las hazañas  
Que de Valencia en los muros  
Celebrando está la fama.  
Bailén y Valencia sean  
Do el vil francés os aguarda;  
En la oprimida Rioja,  
Allí está el honor de España.  
Allí laureles ó grillos;  
Soldados, al arma, al arma,  
Y á ceñiros los laureles,  
Pues está la suerte echada.  
Si tardais más, el tirano,  
Que huella con dura planta  
La desventurada Europa

Del polo á la triste Italia,  
»Ay qué de estragos y muertes,  
Y qué de horrores y llamas,  
En su cólera implacable,  
Para acabarnos prepara!  
Sus victorias se eclipsaron  
Por vuestra heroica constancia;  
Y los de Marengo y Ulma,  
Con sus yelmos y corazas  
Huyen y medrosos tiemblan,  
Y cual tímida manada  
De corderos se retiran  
Al crujir de vuestras armas.  
El lo ve, y en su hondo pecho,  
Que siente toda la infamia  
De su negra alevosía,  
Se agita á horribles venganzas.  
Como el tigre en el desierto,  
Que el hambre y la sed abrasan,  
Sobre la incanta coreilla  
Se arroja y la despedaza,  
Vendrá, y traerá sus legiones,  
Que oprimen la Scitia helada,  
Ofreciendo á su codicia  
Por cebo montes de plata.  
Vendrá, y lloraréis de nuevo  
Las ciudades asoladas,  
Talados campos y mieses,  
Vuestras madres degolladas,  
Manchado con brutal furia  
El honor de vuestras casas,  
Y entre hierros vuestros hijos  
Ir como esclavos á Francia.

## SONETOS.

AL SEÑOR DON GASPARD DE JOVELLANOS, DEL CONSEJO  
DE SU MAJESTAD, OIDOR EN LA REAL AUDIENCIA  
DE SEVILLA (1).

Las blandas quejas de mi dulce lira,  
Mil lágrimas, suspiros y dolores  
Me agrada renovar, pues sus rigores  
Piadoso el cielo por mi bien retira.  
El dichoso zagal que tierno admira  
Su linda zagaleja entre las flores,  
Y de su llama goza y sus favores,  
Alegre cante lo que amor le inspira,  
Yo lloro sólo de mi Fili airada  
El altivo desden con triste canto,  
Que el eco lleve al mayoral Jovino;  
Alternando con cítara dorada,  
Ya en blando verso ó dolorido llanto,  
Las dulces ansias de un amor divino.

## SONETO PRIMERO.

## EL DESPECHO.

Los ojos tristes, de llorar cansados,  
Alzando al cielo, su clemencia imploro;  
Mas vuelven luego al encendido lloro,  
Que el grave peso no los sufre alzados;  
Mil dolorosos ayes desdeñados  
Son ¡ay! trasunto de la luz que adoro;  
Y ni me alivia el día, ni mejoro  
Con la callada noche mis cuidados.  
Huyo á la soledad, y va conmigo  
Oculto el mal, y nada me recrea;  
En la ciudad en lágrimas me anego;  
Aborrezco mi ser; y aunque maldigo  
La vida, temo que la muerte aun sea  
Remedio débil para tanto fuego.

(1) El autor dedicó estos sonetos á su amigo, el año de 1776, á excepción de cinco, añadidos en esta edición.

No esperéis, no, que él deponga  
Sus odios; las negras almas  
No vuelven atrás del crimen,  
Y como empiezan acaban.  
Soldados, ved nuestra suerte;  
Ya la cadena pesada  
Suena en su mano, y con ella  
Fiero á su carro nos ata.  
Ya llega, y los pueblos arden,  
Cual si un torrente de lava  
Los abismase, y la tierra  
En sangre humea inundada.  
»No, soldados! ¡no, españoles!  
»No, Dios buenel tal infamia  
Y abominacion impia  
Sobre nosotros no caiga.  
Corred, hijos de la gloria,  
Corred, que el clarín os llama  
A salvar nuestros hogares,  
La religion y la patria.  
Vil el perezooso sea,  
Vil el que vuelva la espalda,  
Yo mismo animoso os sigo,  
Y opondré el pecho á las balas.  
Partamos, que Dios nos guíe,  
Pues es tan suya la causa,  
Alzando el pendon glorioso  
Que nuestros padres llevaban,  
Allá cuando al moro fiero  
En el Salado y las Navas  
La bárbara frente hollaron  
Para eterno honor de España.

## SONETO II.

## EL PRONÓSTICO.

No en vano, desdeñosa, su luz pura  
Ha el cielo á tus ojos trasladado,  
Y ornó de oro el cabello ensortijado,  
Y dió á tu frente gracia y hermosura,  
Esa rosada boca con ternura  
Suspirará; tu seno regalado  
De blando fuego bullirá agitado,  
Y el rostro volverás con más dulzura,  
Tirsi, el felice Tirsi tus favores  
Cogerá, altiva Clori, su deseo  
Coronando en el tálamo dichoso.  
Los cupidillos verterán mil flores,  
Llamando en suaves himnos á Himeneo,  
Y Amor su beso le dará gozoso.

## SONETO III.

## EL PENSAMIENTO.

Cual snele abeja inquieta, revolando  
Por florido pensil entre mil rosas,  
Hasta venir á hallar las más hermosas,  
Andar con dulce trompa susurrando;  
Mas luego que las ve, con vuelo blando  
Baja, y bate las alas vagorosas,  
Y en medio de sus hojas olorosas  
El delicado aroma está gozando;  
Así, mi bien, el pensamiento mio  
Con dichosa zozobra, por hallarte,  
Vagaba, de amor libre, por el suelo;  
Pero te vi, rendime, y mi albedrío,  
Abrasado en tu luz, goza, al mirarte,  
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

## SONETO IV.

## LAS ARTES DEL AMOR.

Quiso el amor que el corazón helado  
De Nise ardiese, y le lanzó una flecha;  
Mas dió al punto á sus pies, mil partes hecha,  
Contra su seno, de pudor murado.